

De la cultura de la simulación a la cultura del miedo

Rafael Montesinos Carrera*

El objetivo de este artículo es presentar una interpretación en la que inevitablemente se ensambla una relación causa-efecto para explicar la crisis societal que vive nuestra sociedad, mientras las élites políticas y económicas se mantienen legalmente en el poder gracias a la falta de certidumbre y el miedo que el sistema político ha sembrado en las últimas décadas. Con esa perspectiva se revisarán cuestiones históricas con las que se busca explicar la herencia de una cultura política que cierra la posibilidad para obtener una solución a tal crisis a corto y mediano plazos.

¿Qué cultura política?

Todas las sociedades, quizá hasta las que guardan algún resabio del pasado no civilizado, tienen una cultura política. Desde el horizonte occidental, hoy tal vez una discusión tan vasta como la complejidad que le corresponde se puede reducir a un diálogo fundado en los principales valores de una democracia liberal, tal como lo enseñó Bobbio: libertad, igualdad, justicia y solidaridad (1987).

Tales principios de la génesis de las sociedades “modernas” fueron ampliando su horizonte a través de

la lucha política de más de 200 años, donde la democracia se asoció a valores como tolerancia, diversidad, alternancia, etc. (Dahl, 1999). Y es, creo, con este conjunto de valores que se hace posible la comprensión de los diferentes sistemas políticos que de manera muy nítida se distinguen desde el siglo XX como parámetros para definir si un sistema político presumiblemente democrático se encuentra próximo a uno de los dos extremos: autoritario o realmente democrático.

Valga, entonces, recordar que la política no se reduce a los procesos electorales (más o menos transparentes), tampoco al derecho a votar y ser votado, sino también, como lo señalan innumerables sociólogos, a las oportunidades que brinda el sistema económico, a pesar de las desigualdades provocadas por la clase social de procedencia de los individuos.

Así, valga toda la crítica a la democracia representativa realizada desde los años ochenta del siglo pasado, las crisis recurrentes del sistema económico mundial, las desigualdades inocultables entre las naciones y entre los individuos. Valga sólo pensar en la anacrónica acumulación de la riqueza, la miseria y las guerras.

Por ello propongo, en general, lanzar la *simulación* como una característica de la democracia liberal, como una característica de la *real politik*, a la usanza de Maquiavelo: *no hay que ser, hay que parecer*. O como señala Goffman: *todas las relaciones sociales son una puesta en escena*. Con la simulación los individuos, familias, grupos sociales, pueblos reproducen un ritual avalado por la cultura a la que pertenecen, proyectando imágenes que cumplen más con el *deber ser*, que con la realidad. Imágenes que esperan

* Profesor-Investigador del Departamento de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa; Coordinador del Observatorio Nacional sobre Violencia entre Hombres y Mujeres (Onavihomu).

retroalimentación con el entorno, demostrando un digno compromiso a ser parte de la cultura a la que se pertenece. Insisto, simular en lo que es legítimo y hasta legal para una cultura determinada.

Dicho esto, es obvia la importancia de distinguir entre una *democracia avanzada* y una *democracia en ciernes*, entre una democracia que ha vivido el complejo proceso de su construcción y otras democracias que en su proceso de construcción clonan figuras institucionales, producto de experiencias históricas concretas. Si las primeras tienen como característica una mínima dosis de simulación por el solo hecho de constituir una práctica política, las segundas simulan hasta hacer de la política un ritual de lo grotesco.

No, por favor, no nos refiramos a la cultura política mexicana como expresión del *surrealismo*, como solía decirlo jugando Carlos Monsiváis. Tal posibilidad, aun reconociendo la capacidad de sarcasmo de un intelectual de ese calibre, se va quedando cada vez más corta. Cada vez más la frase con la cual referirnos a la práctica política de las élites exige ser, junto al nuevo líder del movimiento social mexicano, el poeta Sicilia: *¡estamos hasta la madre!* de lo que ocurre en el país; o cuando menos la versión *light* que propone ahora Lorenzo Meyer, discurso para la televisión y los medios impresos: *¡hasta el hartazgo!*

¿Cuál es la cultura política del mexicano?

¿O cómo es el mexicano? ¿Por qué el mexicano es tan resistente a las reiteradas crisis en todos los niveles sociales, por qué se tarda tanto en responder a situaciones adversas o abiertamente lesivas a su integridad física o psicológica? ¿Qué pensamos los mexicanos de nosotros mismos? ¿Por qué se dice del mexicano, a diferencia de muchas otras nacionalidades, que somos un pueblo con una cultura política de sometimiento, faltos de solidaridad y, contrariamente, marcados por el estigma del malinchismo?

Primero, si aceptamos que no vivimos una democracia real, a pesar de la alternancia entre el PRI y el PAN, deberemos reconocer que se trata de un *sistema político semi-autoritario o semidemocrático*, lo que explica la reproducción en el tiempo de las élites políticas y económicas que gobiernan el país y una conducta de sometimiento por parte de la sociedad mexicana.

Si esto es así, el paternalismo que caracteriza al sistema político mexicano (populismo) lleva al matrimonio entre la práctica despótica del poder y el sometimiento del pueblo. Una relación de poder que, en el caso mexicano, tiene su

explicación solamente en el resultado de la fusión cultural que supone la conquista de lo que hoy se conoce como América Latina: una sociedad mestiza, una estructura de poder construida a partir de la posición de las razas, un ejercicio despótico del poder que explica tanto el desprecio que el conquistador tiene por el oriundo, como la vergonzante sumisión del conquistado.

Retomando a Paz (1950) en *El Laberinto de la soledad*, el impacto de la Conquista sobre lo que hoy es el pueblo mexicano explica, con mucho, la conducta respecto a las figuras del poder. El desprecio demostrado permanentemente hacia el conquistado, el abuso del poder expresado no solamente a través de los azotes y la sobreexplotación de la mano de obra de los indígenas, sino mancillando a sus mujeres, provocó esta cultura de dolor que priva en el pueblo mexicano y que se esconde a través de lo festivo, donde el alcohol le permite adquirir una máscara diferente a la de la realidad.

Se trata de un sometimiento impuesto culturalmente que favorece el ejercicio despótico del poder, de una herencia cultural que se reproduce en el sistema político que emerge después de la guerra de Independencia, la Reforma y la Revolución Mexicana, donde los indígenas y/o las clases trabajadoras son tomadas como carne de cañón por las élites político-económicas en su lucha por el poder.

Son experiencias históricas que explican la falta de credibilidad de los mexicanos en los procesos políticos, la desconfianza, el *valemadrismo*, como decía Octavio Paz (1950). ¿Por qué el mexicano no participa en política?, ¿por qué no participa en las decisiones de su comunidad, de su espacio laboral?, ¿por qué evita la discusión que provoca disenso-consenso? Quizá sea ya el momento de no dejar todo en el saco del *valemadrismo* y que esa actitud de renuncia a los derechos, tan lesiva para la cultura política mexicana, deba explicarse por una extrema falta de credibilidad en el sistema, los líderes, los gobernantes, los legisladores, etcétera.

Política e históricamente, el mexicano ha sido traicionado. Cuando menos desde el inicio del siglo XX las élites en el poder han aprovechado la miseria del pueblo mexicano, al grado de que todavía tenga efecto la máxima de la política mexicana: *el acarreo*, en el que a los participantes sólo les importe viajar a la ciudad, con la torta y el refresco garantizados.

Aunque al mexicano poco le duró la fantasía del populismo típico del periodo posrevolucionario, del *milagro mexicano*, al menos le tocó el festejo con el que la sociedad

mexicana se incorporaba a la modernidad: una sociedad cada vez más urbana y cada vez más industrial. Momento histórico en el que las expectativas, el futuro, no preocupaban ni al pueblo ni a los gobernantes, menos a los políticos. Privaba la certidumbre que creó el proyecto posrevolucionario mediante el proceso de industrialización y el intervencionismo económico del Estado.

Pero poco después comenzó la pesadilla: el agotamiento del modelo posrevolucionario y la instauración del modelo neoliberal, impulsado por la *tecnocracia*, por los hijos de la familia revolucionaria, la generación educada en el extranjero. Modelo que cumple a pie juntillas las demandas de las élites empresariales, en el que lo más importante para el país, desde 1982, es el mercado. Así la política y, por tanto, la sociedad mexicana quedan sujetas a los intereses de la economía (Montesinos, 2007).

La fidelidad neoliberal de los últimos gobiernos, así corresponda al PRI o al PAN, cuando menos, ha privilegiado la competencia desigual, en la que la mayor parte de las empresas mexicanas vive la presión de la incertidumbre que impone el constante cambio que hoy se asocia a la globalización.

El trabajo realizado por las generaciones neoliberales priistas —Miguel de la Madrid (1982-1988), Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) y Ernesto Zedillo (1994-2000)—, luego la presunta democracia que vive el país a partir de la llegada del PAN al poder —Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderón (2006-2012)— y ahora el retorno del *dinosaurio*, Enrique Peña Nieto (2012-2018), son una digna representación de lo que es la cultura de la simulación. Políticas modernizadoras; clonación de figuras institucionales de las democracias avanzadas, como el Instituto Federal Electoral, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, el Instituto Nacional de la Mujer, el Instituto Nacional de la Transparencia; el reconocimiento a los triunfos de la oposición y la alternancia en el poder PRI-PAN-PRI; todo nos permite probar que la democracia que vivimos en México está marcada por la *cultura de la simulación*, donde los cambios y las reformas sólo sirven para que las élites de todos los colores partidistas se mantengan indefinidamente en el poder. Para que cada vez se concentre más la riqueza y los pobres sean cada vez más pobres.

Si hoy México posee una población de 112 millones 336 mil 538 ciudadanos (57 millones 481 mil 307 mujeres, 54 millones 855 mil 231 varones), ¿cuántos millones de mexicanos se encuentran en condiciones de pobreza? Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desa-

rollo Social, en 2012 45% de la población en nuestro país vive la condición social de pobreza. Es decir, 53.3 millones de personas, entre niños, adultos y personas de la tercera edad. De lo cual habrá que considerar el cambio en la contabilidad nacional respecto a la eliminación del término *pobreza extrema* para sólo dejar el de *pobreza*, además de lo “conservador” de las cifras oficiales. Esta es la simulación a la que se presta la estadística oficial.

Ahora bien, 53.3 millones de habitantes son prácticamente la población con la que contaba nuestro país en 1960. Según los mismos cálculos, sólo 23.2 millones de mexicanos no se encuentran en ese rubro ni se encuentran en condiciones vulnerables de serlo, pues poseen todos sus derechos sociales e ingresos, lo cual los coloca en una franja de la población que vive en una burbuja de jabón. Y aunque evidentemente ahí se encuentran los 300 empresarios más ricos del país, junto con sus familiares y socios, el hecho de pensar que casi la cuarta parte de la población esté viva en una torre de marfil; que otra cuarta parte se encuentre permanentemente en riesgo (proletarización de las clases medias) y que la mitad se reconozca pobre y sin esperanza ni oportunidad alguna para mejorar su situación, dado que no existe signo alguno de una recuperación económica real para la nación, el país se encuentra hundido hasta un punto donde quizá no sea el fondo (INEGI, 2010).

Si lo anterior no prueba la cultura de la simulación que propongo para comprender aspectos sustanciales de nuestra realidad social, no encuentro un término mejor con el cual aproximarme a una interpretación mínimamente pertinente de lo que pasa en nuestro país.

Desde luego, los economistas tendrían la posibilidad de brindarnos otros datos para reforzar el planteamiento que intento, pero al menos haré referencia a un dato más, general, que también es sugerente respecto a la situación real del México.

El último censo de población del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, INEGI (2010), arrojó el siguiente dato: para 2010, 77.8% de la población en nuestro país es urbana. Por lo cual, 22.2% de la población es rural. Tal dato en una economía realmente capitalista sugeriría un proceso históricamente “natural”, donde lo rural va sucumbiendo ante el proceso de lo urbano-industrial, no a los desequilibrios, como en la economía mexicana. El abandono del campo, la miseria y la falta de oportunidades, junto con otros males, como la violencia social y la derivada del narcotráfico y el crimen organizado, explican este proceso.

Lo anterior nada tiene que ver con el dato estadístico de 1960, en el cual se advertía que la sociedad mexicana comenzaba a ser predominantemente urbana y, por tanto, industrial; el cual fue el emblema de nuestra entrada a la modernidad. Desde entonces, el país ha venido, poco a poco, hacia abajo; de 1982 hasta hoy, de bajada en un tobogán que termina en un estanque sin agua.

La *cultura de la simulación* se convierte no en el arte de hacer política, sino en un ritual de lo grotesco. Los políticos y luego los gobernantes brillaron, brillan y, al parecer, brillarán por su ineptitud, por su negligencia o abierta corrupción; no por su discrecionalidad y abuso del poder, sino por su cinismo encubierto por la impunidad e ineficiente impartición de la justicia. A través de esto se ve beneficiado todo miembro de las estructuras de poder que incurre en una falta administrativa o acto de negligencia o corrupción, así como del narcotráfico, el crimen organizado o cualquier tipo de delincuente (asesino o potencial asesino) que va aprendiendo a burlar a un sistema jurídico inepto, insensible y corrupto, como el que caracteriza nuestro miserable Estado de derecho.

¿Qué, por qué, hacia dónde van las reformas?

Sin duda, todos los sistemas sociales, más los estrictamente políticos, requieren de reformas constitucionales para actualizar su estrategia de gobierno e impartición de justicia o praxis social. Por ello, sería totalmente absurdo pensar que cualquier democracia liberal impregnada por los valores de la Ilustración se conformara con guiar su gobernanza con la aplicación puntual de la *Carta de los Derechos del Hombre*, emblema del triunfo de la Revolución Francesa.

Desde luego, el Estado de derecho supone un marco jurídico-legal que garantiza la nueva figura político-social del nuevo proyecto de la humanidad: el *ciudadano*, un conjunto de derechos y obligaciones que aspiran cada vez más a equilibrar la relación de poder entre el Estado y el ciudadano. Idea de Estado que fue fin y sepultura del Estado absolutista, del poder despótico en uso legítimo del monarca y en detrimento de todos los que quedan subordinados a su poder.

Si la historia mexicana es un ejemplo pertinente para analizar y comprender esa etapa del proceso civilizatorio, habremos de decir mínimamente que la Reforma de 1857, tiene el significado histórico que le corresponde, dado que marca un punto fundamental para reconocer la emergencia

del Estado moderno, cifrado en la separación del Estado y la Iglesia. El famoso *proceso de secularización* con el que inevitablemente se reconoce que el Estado moderno, liberal-democrático, inicia su proceso de construcción. De tal forma que si este hecho no es requisito para la génesis del Estado moderno, sí constituye un hito para verificar su paso al complejo proceso de construcción.

La reforma constitucional de 1917 responde a un inevitable acto de justicia que el gobierno carrancista da al campesinado (reparto agrario) y a la naciente clase obrera. Lo que rápidamente abre la puerta para la *Ley Federal del Trabajo*, lo que provoca una de las reacciones más virulentas de los empresarios mexicanos en contra de un Estado que ellos consideraban “comunista”.

Después de varias parchaduras a la Constitución de 1957 no cabe la menor duda de que lo más significativo de los cambios realizados por el sistema político mexicano son las reformas constitucionales heredadas de la lucha política entre las diversas fuerzas que lograron un estatus institucional y defendió los derechos de la clase trabajadora.

En dichas circunstancias, las enmiendas, muy parciales, a la Constitución mexicana, en 1957, eran de menor envergadura, comparadas con las propuestas del empresariado nacional, a través de las consignas de las principales organizaciones empresariales, compartidas históricamente por el PAN. Además, eran coyunturalmente coincidentes con la propuesta de proyecto de nación de la nueva élite política (*tecnocracia*), que ensambla coherentemente con el pensamiento neoliberal que da discurso al proceso de la globalización.

Entonces, ¿hacia dónde van las reformas de fin y principio de siglo? ¿Hacia dónde van las reformas que ideológicamente comparte la élite económica, el PAN y la nueva generación de la familia revolucionaria (*tecnocrática*)? Al cumplimiento de los intereses de lo que Gramsci llamaría el *bloque dominante*. La legitimidad de un sistema de concentración de la riqueza, que da mayor credibilidad que cualquier otro planteamiento político-ideológico.

En cuanto a la *reforma laboral* vale señalar el dilema de un sistema social capaz de brindar mayores oportunidades a sus integrantes (individuos y/o ciudadanos), pues lo primero que debe brindar es certidumbre, un elemento subjetivo que permea a la sociedad y garantiza el compromiso del individuo con el sistema social, la cultura a la que pertenece.

Entonces, la *reforma laboral* garantiza el equilibrio de poder entre las partes: empresarios y trabajadores/empleados;

va a eliminar las contradicciones ideológicamente históricas; coadyuvará al encuentro, más que al desencuentro y, por tanto, el conflicto. No, lo que propiciará es el beneficio de los intereses empresariales y el deterioro de los intereses de las clases trabajadoras y de los empleados. Entonces dicha reforma favorece la posición de los empleadores y va en detrimento de los intereses de los trabajadores/empleados; es una demanda específica de las principales organizaciones empresariales mexicanas y de los principales grupos de presión que manifiestan su poder real en el sistema de toma de decisiones (Montesinos, 2007).

El proyecto de nación que impulsaron en el discurso político fue el mismo que sus principales organizaciones empresariales demandaban en los medios masivos de comunicación: 1) una política de tope salarial; 2) apertura del mercado, y 3) privatización de la economía (Montesinos, 2007).

Y en las principales demandas de la élite empresarial (Consejo Coordinador Empresarial [CCE], Coparmex, Concamin, Canacintra y Concanaco) se expresa su discurso político-ideológico.

Entonces, la *reforma laboral* confirma el triunfo político de las élites empresariales y el detrimento de los intereses de las clases trabajadoras. Los trabajadores habrán de aceptar que no tienen futuro, que han perdido la pretensión de estabilidad en el trabajo, que el poder defenderá los intereses de los empresarios, que esta es la nueva etapa del sistema capitalista donde se hace evidente el desprecio que los empresarios tienen respecto de sus trabajadores. Y, desde luego, la complicidad de las élites gobernantes, sin importar el color partidista al que pertenezcan.

¿Qué beneficio han obtenido trabajadores y empleados de la reforma laboral? ¿Un salario digno? ¿Estabilidad en el empleo? Esta reforma es particularmente uno de los principales logros del empresariado mexicano, de sus élites, que lograron colocar sus demandas en el proyecto de nación, en la medida que han doblegado al movimiento político-social de los trabajadores y se encuentran en concordancia con los neoliberales de 1982.

Para los empresarios mexicanos la actual reforma laboral es la culminación del proyecto neoliberal con el que concuerdan política e ideológicamente, así que si alguien tiene que beneficiarse de esta reforma es, nada más ni nada menos, que el capital.

En cuanto a la reforma energética, eso sí que está... difícil. Se escucha en los promocionales cómo el gobierno y el Partido de la Revolución Institucional (PRI) prometen

al pueblo mexicano un sinnúmero de beneficios, como la reducción en la tarifa de la luz, reducción de X y Y, y otros beneficios económicos, excepto alguna referencia al precio de la gasolina, lo que obliga, inevitablemente, a sospechar qué traerá entre manos el gobierno mexicano. Cuando lo que esperan los mexicanos, lógicamente, es que, independientemente de otro tipo de beneficios, se obtenga un precio accesible de la gasolina, para salvarse del permanente y minúsculo incremento que uno no sabe cuándo terminará.

Y ¿la reforma educativa tendrá futuro? La cuestión es que se trata de la tercera reforma realizada al modelo de educación básica. La primera, a principios de los noventa; la segunda, a partir de la introducción de los libros de texto, 2008-2009, que supone la continuidad de un cambio educativo planificado que va cumpliendo etapas, que va rectificando el camino, que avanza en el objetivo de concretar un modelo que resuelva desde el origen todas las deficiencias sociales por adolecer de una educación de vanguardia.

¿Qué se sabe de la primera reforma? Que a partir de ella se dio forma a un proyecto de profesionalización del docente, sí, esto sin duda ha propiciado un beneficio económico para todos aquellos que tienen acceso a dicho programa, pero no es el total de la planta docente la que “entró” en este proyecto. Existen las resistencias históricas de los estados donde pesa la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) (Chiapas, Oaxaca y Guerrero), lo cual explica las negativas a incorporar a esos estados a los proyectos de reforma educativa: la gran heterogeneidad de escuelas federales y estatales, urbanas, rurales, indígenas.

La reforma educativa ha sido una gran simulación, se aparenta que se construye un nuevo modelo educativo en el que los diferentes actores sociales van participando poco a poco. Pero cada vez se hace más evidente que el despegue del conjunto del sistema de educación básica es imposible, no porque no se pueda, sino porque no se tiene la voluntad política de hacerlo. Llevarla a cabo representaría ceder una mínima cuota de poder al actor principal de este proyecto: los maestros; situación que el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) no está dispuesto a hacer, a pesar de que su líder vitalicia se encuentre presa.

Y no me queda más que responder con parte de mi experiencia como coordinador del *Diagnóstico nacional sobre la percepción de los maestros de primaria respecto los libros de primaria, 2008-2009*, una experiencia magnífica que me brindó la oportunidad de conocer la opinión de un gran

número de profesores de las diferentes escuelas públicas del interior de la República Mexicana. Experiencia de trabajo de campo a partir de la cual creo haber conocido mucho del trabajo de profesores de primarias urbanas, marginales urbanas, rurales e indígenas. La opinión generalizada era la misma: en esta reforma habían tenido la experiencia de haber sido consultados para conocer su parecer. Por primera vez se sentían vivos, importantes para el sistema por tomarlos en cuenta.

No obstante, en la mayor parte de las entrevistas realizadas en casi todos los estados del norte de la República Mexicana, había profesores sorprendidos por haberseles tomado en cuenta respecto a la experiencia institucional sobre el proyecto de reforma en la educación básica primaria en México.

En general, los profesores de primaria sienten que su trabajo no se respeta, que los funcionarios no los toman en cuenta, que se les manipula. El ejemplo de la experiencia 2008-2009: 1) improvisación en la capacitación requerida para incorporar los libros de esa etapa; 2) en muchos casos los “capacitadores” reconocían su desconocimiento del nuevo material; 3) los profesores no conocían los libros que se iban a implementar, pues su distribución fue extremadamente tardía.

Así, cómo es posible pensar que la reforma educativa tenga un golpe de timón lo suficientemente importante para cambiar el rumbo de una cultura política que marca, hasta los huesos, la práctica corporativa del SNTE, donde los líderes de la representación formal se lisonjean de la legitimidad de su poder despótico sobre el gremio. A pesar de la captura de uno de los personajes más deleznable de la cultura política mexicana, ello no evita la desconfianza del poder corporativo que priva en esta representación sindical.

Si la cultura política se guía por la simulación, son las élites gubernamentales y sindicales la principal fuerza que se opone al cambio, pues en un cambio como el que se espera deberán compartir el poder, por lo que la necesaria participación de los maestros de primaria supone su empoderamiento, cuestión contraria a la lógica del poder en nuestro sistema político.

La cultura del miedo

Es vergonzoso que en la lógica de la modernidad el rasgo de una sociedad como la mexicana sea el miedo. No es un sentimiento alimentado por una creencia religiosa, es el

miedo que se nutre con el deterioro de nuestras estructuras, es el miedo a un futuro que no promete nada; es la complicación de la situación actual.

Es el miedo a seguir excluido de las pocas oportunidades, a perder la suficiencia, a que ningún actor social demuestre su solidaridad, a quedar cada vez más expuestos a la violencia provocada por la corrupción, negligencia e ineptitud de nuestros gobernantes y políticos. Y ese miedo es el parámetro más directo para evaluar la solidez de un gobierno, la consistencia del sistema social.

Cuando el miedo se remite al peligro que corren permanentemente tú y los tuyos; cuando lo poco o mucho que has logrado te puede ser arrebatado de un momento a otro; cuando percibes que la policía, el ejército y la marina no pueden restablecer el mínimo orden para recobrar la certidumbre, es que el Estado, el gobierno, se encuentra en una profunda crisis de legitimidad, aunque a mi parecer también se trata de una crisis de la legalidad.

Simplemente el Estado mexicano no está cumpliendo con el primer mandato de un Estado que se pretenda moderno: garantizar el orden. Mandato que legaliza el monopolio legítimo de la violencia en manos de los gobiernos democrático-liberales.

Esto nos conduce a la lógica de Hobbes, en la que proponía que la fórmula para resolver el Estado de guerra de la Europa medieval era precisamente fortalecer a tal grado al Estado monárquico que los individuos reprimieran sus impulsos por el solo hecho de saber que la fuerza del Estado era semejante a la de un monstruo, ante el cual el individuo o grupo de individuos se asumiera sin oportunidad alguna para doblegar al Leviatán.

Pero la escalada de la violencia que ha impuesto el narcotráfico y el crimen organizado hace del Leviatán mexicana un Pato Donald. Hace evidente su vulnerabilidad y magnifica el dejo sanguinario del crimen organizado que se apoderó prácticamente de todo.

No obstante el desastre nacional provocado por el crimen organizado, a la *cultura de miedo*, como uno de los rasgos de la cultura política que reproduce nuestra sociedad, la ubico, primero, como la desconfianza que tenía bien ganada la policía en todo territorio nacional en el periodo posrevolucionario, dado el abuso del poder, la corrupción y la impunidad con la que actuaba la fuerza pública. Una desconfianza que muchas veces provocó y provoca miedo. No digamos la policía judicial, gran ejemplo de los excesos del poder permitido a los cuerpos que debían garantizar la integridad de la ciudadanía.

En el año de 1994, el *año del miedo*, a propósito de cómo los especialistas en procesos electorales denominaron la competencia entre los principales partidos políticos de México: 1988, el *voto de castigo*; 1994, el *voto del miedo*; y 2000, el *voto útil*.

Voto del miedo, expresión de que el miedo que desde el poder se transmite se adhiere como parte de la cultura política mexicana, una cultura que se basa en una forma de ejercer el poder despreciando a la parte sometida, la aceptación por parte de la ciudadanía para aceptar que las cosas son así en México. El conformismo, el valemadrismo y la incertidumbre como parte de la cultura política del mexicano.

Recordemos los niveles de violencia en 1994. Antes, en 1993, el asesinato del Cardenal Posadas, al ser confundido su medio de transporte con el de un narcotraficante, versión que hoy confirma el “Chapo” Guzmán, increíblemente capturado por elementos de la marina. Secuestros a pequeños y medianos empresarios, secuestros *express* en las principales ciudades de la República Mexicana.

En 1994, violencia política con la emergencia del movimiento zapatista; secuestro de Harp Helú, uno de los empresarios más prominentes del país, primo de Slim; asesinato de Luis Donald Colosio, candidato presidencial por parte del PRI; asesinato del secretario del partido oficial, cuñado de Carlos Salinas de Gortari.

Es 1994 el año del miedo, de una violencia encarnizada donde el crimen organizado hace gala de sus rasgos sanguinarios (recordemos al “Mocha orejas”). Secuestros, secuestros y secuestros, a veces más, a veces menos, de tal manera que la violencia queda exacerbada a partir de la guerra contra el narcotráfico que desata Felipe Calderón, esto evidencia cómo el crimen organizado tiene secuestrada a la sociedad mexicana, a toda la sociedad mexicana.

Las imágenes son vergonzantes: liberan a *Caro Quintero* y detienen sin uso de violencia al capo más buscado en el mundo. La simulación se queda corta...

El ejército simulando poner orden en el estado de Michoacán y las comunidades en la desesperanza y el hartazgo retomando la autodefensa ante la ineptitud, negligencia y corrupción de las fuerzas armadas, políticos y gobernantes.

Cómo no diferenciar entre el narcotráfico y la extorsión, el secuestro y el cínico robo en el que inciden los Zetas, Templarios y La Familia, así como aprendices de lo mismo. Lamentable situación no privativa del estado de

Michoacán, pues el norte del país es secuestrado mientras el gobierno intenta desarmar a las autodefensas de las comunidades rurales michoacanas. Pero también Morelos, Veracruz y el Estado de México, sobre todo el área que complementa la zona metropolitana de la ciudad de México. Colindando con el Distrito Federal, con sólo atravesar la calzada Ignacio Zaragoza podemos, con horror, presenciar la violencia. ¿Cuánto tiempo tardará la sociedad mexicana para restablecer, simplemente, la economía, economías locales, donde los pequeños empresarios y los pequeños “changarros” o pagan “protección” o cierran? Secuestros, asesinatos, balaceras constantes, peligro que sólo puede hacer crecer desmedidamente el miedo.

Con todo y los manejos de intereses oscuros, algunos grupos de autodefensa son los que representan el principio de la solución a la deleznable cultura política de los mexicanos. ¿Cómo si no es con mexicanos que están *hasta la madre* y que saben que la fuerza pública no ha resuelto algo que las cosas comiencen a cambiar?

En esta triste situación por la que atraviesa el país, sólo *Fuente Ovejuna* podrá sensibilizar a nuevos políticos y gobernantes, porque éstos, los actuales, sólo se preocupan por mantenerse en el poder. La simulación es lo suyo.

Por último quiero recordar que, como lo expliqué a detalle, la campaña del miedo es una campaña instrumentada por el presidente Carlos Salinas y las élites empresariales, misma campaña con que recupera el voto y con ello permite que llegue al poder el presidente Zedillo en, precisamente, 1994, el año del miedo. El miedo como nuevo rasgo de la cultura política nacional, que toma este fenómeno social como recurso del poder para legitimar su estancia en la máxima posición política del país (Montesinos, 2007).

Referencias

- Bobbio, Norberto (1987). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. México: FCE.
- Dahl, Robert A. (1999). *¿Después de la revolución? La autoridad en las sociedades avanzadas*. Barcelona: Gedisa.
- Instituto Nacional de Economía, Geografía y Estadística (INEGI) (2010). *Censo de población y vivienda 2010*. México: Autor.
- Montesinos, Rafael (2007). *El discurso político de las organizaciones empresariales. La transición mexicana desde la teoría de los sistemas*. México: UAM-I.
- Paz, Octavio (1950). *El laberinto de la soledad*. México: FCE.

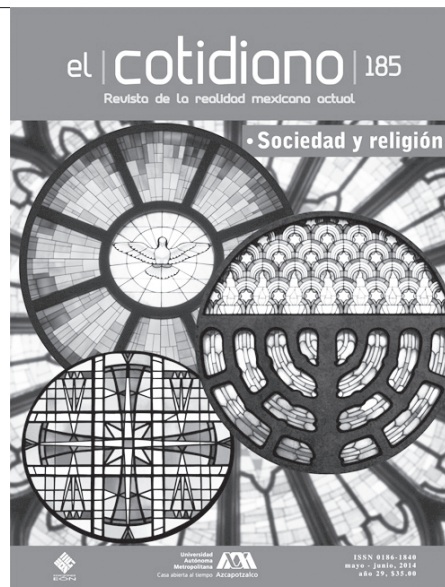
EL Cotidiano

Complete su colección. Al suscribirse solicite hasta 12 diferentes ejemplares de la revista bimestral.

EL Cotidiano

Precios de suscripción (6 ejemplares):

- \$ 255.00 En el D.F.
- \$ 340.00 En el interior de la República
- 45.00 USD En el extranjero



Formas de pago:

- * Cheque certificado a nombre de la Universidad Autónoma Metropolitana
- * Efectivo

Información y ventas:

☎ 53 18 93-36

Apartado postal 32-031, C.P. 06031, México, D.F.

✂

SUSCRIPCIONES

Fecha: _____

Adjunto cheque certificado por la cantidad de: \$ _____ a favor de la UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, por concepto de suscripción y/o pago de (____) ejemplares de la revista **El Cotidiano** a partir del número (____)

– Deseo recibir por promoción los números: _____

Nombre: _____

Calle y número: _____

Colonia: _____ Código postal: _____

Ciudad: _____ Estado: _____

Teléfono: _____

– Si requiere factura, favor de enviar fotocopia de su cédula fiscal

RFC _____ Dom. Fiscal _____